

borrarán de la memoria sin otro artificio alguno, y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dixo el Duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores, se salió del aposento. Mándote yo, dixo Sancho; pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto, y con un corazón de encina: á fe que si las hubieras comnigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse Don Quixote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde.

CAPÍTULO LXXI.

De lo que á Don Quixote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea.

Iba el vencido y asendereado Don Quixote pensativo ademas por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia

mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas, y yendo y viniendo en esto, dixo á su amo: en verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el qual hay fisicos que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro, sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátao cantusado, y á mí, que la salud agena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que ántes que le cure me han de untar las mias, que el Abad de donde canta yanta, y no quiero creer que me haya dado el Cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis. Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió Don Quixote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas, y puesto que tu virtud es gratis da-

ta, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir, que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso me parece que no se perderá nada en probarlo: mira Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado, y de tu propia mano, pues tienes dineros míos. Á cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana, y dixo á su amo: agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á Vuesa Merced en lo que desea, con provecho mio: que el amor de mis hijos y de mi muger me hace que me muestre interesado. Dígame Vuesa Merced, quanto me dará por cada azote que me diere. Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió Don Quixote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tien-to á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote. Ellos, respondió Sancho, son

tres mil y trecientos y tantos: dellos me he dado hasta cinco, quedan los demas: entren entre los tantos estos cinco, y ven-gamos á los tres mil y trecientos, que á quartillo cada uno, que no llevaré ménos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trecientos quartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trecientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos des-falcaré yo de los que tengo de Vuesa Merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas... y no digo mas. ¡Ó Sancho bendito! ¡ó Sancho amable! respondió Don Quixote, y quan obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los dias que el Cielo nos diere de vida. Si ella vuelve al ser perdido, (que no es posible sino que vuelva) su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, quando quieres comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. ¿Quando? replicó Sancho, esta noche sin falta:

procure Vuesa Merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de Don Quixote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habían quebrado, y que el día se alargaba mas de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamas ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos árboles, que poco desviados del camino estaban, donde dexando vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el qual haciendo del cabestro y de la xáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quixote, que le vió ir con denuedo y con brio, le dixo: mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento, quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida ántes de llegar al número deseado, y porque no pierdas por carta de mas, ni de menos, yo estaré desde á parte contando por este mi rosario los azotes que te dieres.

Favorécate el Cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho, yo pienso darme de manera, que sin matarme, me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, comenzó á darse, y comenzó Don Quixote á contar los azotes. Hasta seis, ó ocho se habria dado Sancho, quando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco, dixo á su amo, que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á quartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dixo Don Quixote, que yo doblo la parada del precio. Dese modo, dixo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes; pero el socarron dexó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de quando en quando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de Don Quixote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dixo: por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy ás-

pera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en una hora. Mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado, bastan por agora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no, señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí: á dineros pagados brazos quebrados: apártese Vuesa Merced otro poco y déxeme dar otros mil azotes si quiera, que á dos levadas destas habrémos cumplido con esta partida, y aun nos sobraré ropa. Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dixo Don Quixote, el Cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tanto desnudo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba: y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dixo: aquí morirá Sanson, y quantos con él son. Acudió Don Quixote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro, que le servia de corbacho á Sancho, le dixo: no permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu muger y á tus hijos: espere Dulcinea me-

jo coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propinqua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues Vuesa Merced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su ferrerucllo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querria resfriarme, que los nuevos diciplinantes corren este peligro. Hizolo asi Don Quixote, y quedándose en pelota, abrigó á Sancho, el qual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volviéron á proseguir su camino, á quien diéron fin por entónces en un Lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un meson, que por tal le reconoció Don Quixote, y no por castillo de cava honda, torres, rastillos y puente levadiza: que despues que le venciéron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como agora se dirá. Alojáronle en una sala baxa, á quien servian de guadameciles unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena, quando el atrevido huésped se la llevó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Enéas, ella sobre una alta torre, como que hacia de se-

ñas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata, ó bergantín se iba huyendo. Notó en las dos historias, que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía á socapa y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo qual Don Quixote, dixo: estas dos señoras fuéron desdichadísimas, por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado, en no haber nacido en la suya, pues si yo encontrara aquellos señores, ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara á París, se excusaran tantas desgracias. Yo apostaré, dixo Sancho, que ántes de mucho tiempo no ha de haber bodega, venta, ni meson, ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor, que el que ha pintado á estas. Tienes razon, Sancho, dixo Don Quixote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubeda, que quando le preguntaban, que pintaba, respondia: lo que saliere, y si por ventura pintaba un gallo, escribía debaxo: *Este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. Desta

manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor, ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la historia deste nuevo Don Quixote que ha salido, que pintó, ó escribió lo que saliere, ó habrá sido como un poeta, que andaba los años pasados en la corte llamado Mauleon, el qual respondia de repente á quanto le preguntaban, y preguntándole uno ¿que querría decir *Deum de Deo*? respondió: dé donde diere. Pero dexando esto á parte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debaxo de techado, ó al cielo abierto. Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa, que en el campo; pero con todo eso querría que fuese entre árboles, que parece que me acompañan, y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió Don Quixote, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, que á lo mas tarde llegáremos allá despues de mañana. Sancho respondió, que hiciese su gusto; pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente, y quando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar

muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas valia un toma, que dos te daré, y el páxaro en la mano, que buytre volando. No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dixo Don Quixote, que parece que te vuelves al *sicut erat*: habla á lo llano, á lo liso, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento. No sé que mala ventura es esta mia, respondió Sancho, que no sé decir razon sin refran, ni refran que no me parezca razon; pero yo me emendaré, si pudiere, y con esto cesó por entonces su plática.

CAPÍTULO LXXII.

De como Don Quixote y Sancho llegaron á su aldea.

Todo aquel dia, esperando la noche, estuviéron en aquel Lugar y meson Don Quixote y Sancho, el uno para acabar en la campana rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin della, en el qual consistia el de su desseo. Llegó en esto al meson un caminante á caballo con tres ó quatro criados, uno de los quales dixo al

que el señor dellos parecia: aquí puede Vuesa Merced, señor Don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto Don Quixote⁴⁵, le dixo á Sancho: mira, Sancho, quando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de Don Álvaro Tarfe. Bien podrá ser, respondió Sancho, dexémosle apear, que despues se lo preguntaremos. El caballero se apeó, y frontero del aposento de Don Quixote la huéspedada le dió una sala baxa, enjaezada con otras pintadas sargas, como las que tenia la estancia de Don Quixote. Púsose el recien venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresco, por el qual se paseaba Don Quixote, le preguntó: ¿adonde bueno camina Vuesa Merced, señor gentilhombre? Y Don Quixote le respondió: á una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural: ¿y Vuesa Merced donde camina? Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria. Y buena patria, replicó Don Quixote: pero dígame Vuesa Merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo, mas de lo que buenamente po-

dré decir. Mi nombre es Don Álvaro Tarfe, respondió el huésped. Á lo que replicó Don Quixote: sin duda alguna pienso que Vuesa Merced debe de ser aquel Don Álvaro Tarfe, que anda impreso en la segunda parte de la historia de Don Quixote de la Mancha, recién impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno. El mismo soy, respondió el caballero, y el tal Don Quixote, sugeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mio, y yo fui el que le sacó de su tierra, ó á lo ménos le moví á que viniese á unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba, y en verdad, en verdad, que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasíadamente atrevido. Y dígame Vuesa Merced, señor Don Álvaro: parezco yo en algo á ese tal Don Quixote que Vuesa Merced dice? No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera. Y ese Don Quixote, dixo el nuestro: traía consigo á un escudero llamado Sancho Panza? Sí traía, respondió Don Álvaro, y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese. Eso creo yo muy bien, dixo á esta sazón Sancho, porque el decir gracias, no es para todos, y

ese Sancho que Vuesa Merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas: y si no, haga Vuesa Merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo ménos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reír á quantos me escuchan: y el verdadero Don Quixote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo qualquier otro Don Quixote y qualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondió Don Álvaro, porque mas gracias habeis dicho vos, amigo, en quatro razones que habeis hablado, que el otro Sancho Panza en quanto yo le oí hablar, que fuéron muchas. Mas tenía de comilon, que de bien hablado, y mas de tonto, que de gracioso, y tengo por sin duda, que los encantadores que persiguen

á Don Quixote el bueno, han querido perseguirme á mí con Don Quixote el malo. Pero no sé que me diga, que osaré yo jurar que le dexo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y agora remanece aquí otro Don Quixote, aunque bien diferente del mio. Yo, dixo Don Quixote, no sé si soy bueno; pero sé decir, que no soy el malo: para prueba de lo qual quiero que sepa Vuesa Merced, mi señor Don Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza, ántes por haberme dicho, que ese Don Quixote fantástico se habia hallado en las justas desta ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira, y así me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extrangeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por haberla visto. Finalmente, señor Don Alvaro Tarfe, yo soy Don Quixote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado, que

ha querido usurpar mi nombre, y honrarse con mis pensamientos. Á Vuesa Merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el Alcalde deste Lugar, de que Vuesa Merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta agora, y de que yo no soy el Don Quixote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que Vuesa Merced conoció. Eso haré yo de muy buena gana, respondió Don Alvaro, puesto que cause admiracion ver dos Don Quixotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones: y vuelvo á decir y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado. Sin duda, dixo Sancho, que Vuesa Merced debe de estar encantado, como mi señora Dulcinea ⁴² del Toboso, y plugiera al Cielo que estuviera su desencanto de Vuesa Merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interes alguno. No entiendo eso de azotes, dixo Don Alvaro: y Sancho le respondió, que era largo de contar; pero que él se lo contaria, si acaso iban un mismo camino. Llegóse en esto la hora de comer,

s ij

comieron juntos Don Quixote y Don Álvaro. Entró acaso el Alcalde del pueblo en el meson con un escribano, ante el qual Alcalde pidió Don Quixote por una petición, de que á su derecho convenia, de que Don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante Su Merced, como no conocia á Don Quixote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitlada: *Segunda Parte de Don Quixote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas*. Finalmente el Alcalde proveyó jurídicamente: la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debian hacerse, con lo que quedáron Don Quixote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostrara claro la diferencia de los dos Don Quixotes, y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras. Muchas de cortesias y ofrecimientos pasáron entre Don Álvaro y Don Quixote, en las quales mostro el gran manchego su discrecion, de modo, que desengañó á Don Álvaro ⁴³ Tarfe del error en que estaba, el qual se dió á entender que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos

tan contrarios Don Quixotes. Llegó la tarde, partiéronse de aquel Lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno, que guiaba á la aldea de Don Quixote, y el otro, el que habia de llevar Don Álvaro. En este poco espacio le contó Don Quixote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á Don Álvaro, el qual abrazando á Don Quixote y á Sancho, siguió su camino, y Don Quixote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche á costa de las cortezas de las hayas, harto mas que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudiesen quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado Don Quixote un solo golpe de la cuenta, y halló, que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volviéron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de Don Álvaro, y de quan bien acordado habia sido tomar su declaracion ante la Justicia, y tan auténtica-

mente. Aquel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué, que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó Don Quixote contento sobre modo, y esperaba el dia, por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora, y siguiendo su camino, no topaba muger ninguna, que no iba á reconocer, si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la qual descubrieron su aldea, la qual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dixo: abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe tambien tu hijo Don Quixote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que segun él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desear se puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba. Déxate desas sandeces, dixo Don Quixote, y vamos con pie derecho á entrar en nuestro Lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos exercitar. Con es-

to baxaron de la cuesta, y se fueron á su pueblo.

CAPÍTULO LXXIII.

De los agujeros que tuvo Don Quixote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

Á la entrada del qual, segun dice Cide Hamete, vió Don Quixote, que en las eras del Lugar estaban riñiendo dos moachos, y el uno dixo al otro: no te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo Don Quixote, y dixo á Sancho: ¿no adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida? Pues bien ¿que importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho? Que? replicó Don Quixote ¿no ves tú, que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar, que no tengo de ver mas á Dulcinea? Queríale responder Sancho, quando se lo estorbó ver, que por aquella campaña venia huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la qual temerosa se vino á recoger y á agazapar deba-

xo de los pies del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentóla á Don Quixote, el qual estaba diciendo: *malum signum*, *malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Extraño es Vuesa Merced, dixo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en la labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de Vuesa Merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿que mala señal es esta, ni que mal agüero se puede tomar de aquí? Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho, que por que reñian. Y fuéle respondido por él que habia dicho: no la verás mas en toda tu vida, que él habia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la qual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho quatro quartos de la faltriquera y dióselos al mochacho por la jaula, y pisóselo en las manos á Don Quixote, diciendo: he aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño: y si no me acuer-

do mal, he oido decir al Cura de nuestro pueblo, que no es de personas christianas, ni discretas, mirar en estas niñerías, y aun Vuesa Merced mismo me lo dixo los dias pasados, dándome á entender, que eran tontos todos aquellos christianos que miraban en agüeros, y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea. Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y dióselo Don Quixote: pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al Cura y al Bachiller Carrasco. Y es á saber que Sancho Panza habia echado sobre el rucio y sobre el lio de las armas, para que sirviese de reposero, la túnica de bocací pintada de llamas de fuego, que le vistieron en el castillo del Duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tambien la coraza en la cabeza, que fué la mas nueva transformacion y adorno con que se vió jamas jumento en el mundo. Fuéron luego conocidos los dos del Cura y del Bachiller, que se viniéron á ellos con los brazos abiertos. Apcóse Don Quixote, y abrazólos estrechamente, y los mochachos que son linceces no excusados, divisaron la coraza del jumento, y acudieron á verle, y decian

unos á otros : venid , mochachos , y veréis el asno de Sancho Panza mas galan que Mingo , y la bestia de Don Quixote mas flaca hoy que el primer dia. Finalmente rodeados de mochachos , y acompañados del Cura y del Bachiller entraron en el pueblo , y se fueron á casa de Don Quixote , y hallaron á la puerta della al Ama y á su Sobrina , á quien ya habian llegado las nuevas de su venida. Ni mas , ni ménos se las habian dado á Teresa Panza , muger de Sancho , la qual desgreñada y medio desnuda , trayendo de la mano á Sanchica su hija , acudió á ver á su marido , y viéndole no tan bien adeliñado , como ella se pensaba que habia de estar un Gobernador , le dixo : ¿ como venis así , marido mio , que me parece que venis á pie y despeado , y mas traéis semejanza de desgobernado , que de Gobernador ? Calla , Teresa , respondió Sancho , que muchas veces donde hay estacas , no hay tocinos , y vámonos á nuestra casa , que allá oirás maravillas. Dineros traygo , que es lo que importa , ganados por industria y sin daño de nadie. Traed vos dineros , mi buen marido , dixo Teresa , y sean ganados por aquí , ó por allí , que como quiera que los hayais ganado , no habréis hecho usanza

nueva en el mundo. Abrazó Sanchica á su padre , y preguntole si traia algo , que le estaba esperando como el agua de Mayo , y asiéndole de un lado del cinto , y su muger de la mano , tirando su hija al rucio se fueron á su casa , dexando á Don Quixote en la suya en poder de su Sobrina y de su Ama , y en compañía del Cura y del Bachiller. Don Quixote , sin aguardar términos , ni horas , en aquel mismo punto se apartó á solas con el Bachiller y el Cura , y en breves ** razones les contó su vencimiento , y la obligacion en que habia quedado de no salir de su aldea en un año , la qual pensaba guardar al pie de la letra , sin traspasarla en un átomo , bien así como caballero andante , obligado por la puntualidad y órden de la andante caballería , y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor , y entretenerse en la soledad de los campos , donde á rienda suelta podia dar vado á sus amorosos pensamientos , exercitándose en el pastoral y virtuoso exercicio : y que les suplicaba , si no tenían mucho que hacer , y no estaban impedidos en negocios mas importantes , quisiesen ser sus compañeros , que él compraria ovejas y ganado suficiente , que les diese nombre de pastores : y que les hacia saber , que

lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres que les vendrian como de molde. Dixo el Cura que los dixese. Respondió Don Quixote, que él se habia de llamar el pastor Quixotiz, y el Bachiller el pastor Carrascon, y el Cura el pastor Curriambro, y Sancho Panza el pastor Pancino. Pasmáronse todos de ver la nueva locura de Don Quixote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podria ser curado, concediéron con su nueva intencion, y aprobáron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su exercicio: y mas, dixo Sanson Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles, ó cortesanos, ó como mas me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales, donde habemos de andar: y lo que mas es menester, señores míos, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dexemos árbol por duro que sea, donde no la retule, y grave su nombre, como es uso, y costumbre de los enamorados pastores. Eso está de molde, respondió Don Quixote,

puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nota de los donayres, y finalmente sugeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipóbole que sea. Así es verdad, dixo el Cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos quadraren, nos esquinen. A lo que añadió Sanson Carrasco: y quando faltaren, daremosles los nombres de las estampadas, é impresas de quien está lleno el mundo, Filidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debaxo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Lucía, Lucinda, que todo se sale allá, y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su muger Teresa Panza con nombre de Teresayna. Rióse Don Quixote de la aplicacion del nombre, y el Cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle com-

pañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidiéron dél, y le rogáron y aconsejáron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte que su Sobrina y el Ama oyéron la plática de los tres, y así como se fuéron, se entráron entrámbas con Don Quixote, y la Sobrina le dixo ¿que es esto, señor tío? ahora que pensábamos nosotras, que Vuesa Merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose pastorcillo? Tú que vienes, pastorcico, tú que vas, pues en verdad que está ya duro el alcacer para zamponas. Á lo que añadió el Ama: ¿y podrá Vuesa Merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno y el ahullido de los lobos? No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las faxas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser caballero andante, que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á

menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere. Callad, hijas, les respondió Don Quixote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno, y tened por cierto, que ahora sea caballero andante, ó pastor por andar, no dexaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra: y las buenas hijas (que lo eran sin duda) Ama y Sobrina, le lleváron á la cama, donde le diéron de comer y regaláron lo posible.

CAPÍTULO LXXIV.

De como Don Quixote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de Don Quixote no tuviese privilegio del Cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento, quando él ménos lo pensaba, porque ó ya fuese de la melancolía, que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del Cielo que así lo ordenaba, se le arraygó

una calentura , que le tuvo seis dias en la cama , en los quales fué visitado muchas veces del Cura , del Bachiller y del Barbero sus amigos , sin quitársele de la cabeza Sancho Panza su buen escudero. Estos , creyendo que la pesadumbre de verse vencido , y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea , le tenia de aquella suerte , por todas las vias posibles procuraban alegrarle , diciéndole el Bachiller , que se animase y levantas para comenzar su pastoral ejercicio , para el qual tenia ya compuesta una égloga , que mal año para quantas Sanazaro habia compuesto , y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado , el uno llamado Barcino y el otro Butron , que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dexaba Don Quixote sus tristezas. Llamáron sus amigos al médico , tomóle el pulso , y no le contentó mucho , y dixo que por si , ó por no , atendiese á la salud de su alma , porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo Don Quixote con ánimo sosegado ; pero no lo oyéron así su Ama , su Sobrina y su escudero , los quales comenzáron á llorar tiernamente , como si ya le tuvieran muerto delante. Fué

el parecer del médico , que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quixote , que le dexasen solo , porque queria dormir un poco. Hiciéronlo así , y durmió de un tirón , como dicen , mas de seis horas , tanto , que pensáron el Ama y la Sobrina , que se habia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho , y dando una gran voz , dixo : bendito sea el poderoso Dios , que tanto bien me ha hecho. En fin sus misericordias no tienen límite , ni las abrevian , ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la Sobrina á las razones del tio , y parecióronle mas concertadas que él solia decirlas , á lo ménos en aquella enfermedad , y preguntóle ¿ que es lo que Vuesa Merced dice , señor ? ¿ tenemos algo de nuevo ? ¿ que misericordias son estas , ó que pecados de los hombres ? Las misericordias , respondió Don Quixote , Sobrina , son las que en este instante ha usado Dios conmigo , á quien , como dixé , no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia , que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos , y no me pesa , sino que este

desengaño ha llegado tan tarde, que no me dexa tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, Sobrina, á punto de muerte, querria hacerla de tal modo, que diese á entender, que no habia sido mi vida tan mala, que dexase renombre de loco: que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el Cura, el Bachiller Sanson Carrasco, y á Maese Nicolas el Barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero deste trabajo se excusó la Sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quixote, quando dixo: dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quixote de la Mancha, sino Alonso Quixano, á quien mis costumbres me diéron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita catterva de su linage: ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusiéron haberlas leído: ya por misericordia de Dios escarmentando en cabeza propia, las abomino. Quando esto le oyéron decir los tres, creyéron sin duda que alguna nueva locura le

habia tomado. Y Sanson le dixo: ¿ahora, señor Don Quixote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale Vuesa Merced con esto, y agora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos Principes, quiere Vuesa Merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déxese de cuentos. Los de hasta aquí, replicó Don Quixote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del Cielo en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda prisa, déxense burlas á parte, y tráyanme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este, no se ha de burlar el hombre con el alma: y así suplico, que en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el escribano. Miráronse unos á otros, admirados de las razones de Don Quixote, y aunque en duda, le quisieron creer, y una de las señales por donde conjeturáron se moria, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo, porque á las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan christianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer

que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el Cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El Bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él, y con Sancho Panza, el qual Sancho (que ya sabia por nuevas del Bachiller en que estado estaba su señor) hallando á la Ama y á la Sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesion, y salió el Cura diciendo: verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quixano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas diéron un terrible empujon á los ojos preñados de Ama, Sobrina y de Sancho ⁴⁵ Panza su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho, porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que Don Quixote fué Alonso Quixano el Bueno á secas, y en tanto que fué Don Quixote de la Mancha, fué siempre de apacible condicion y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos quantos le conocian. Entró el escribano con los demas, y despues de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma

Don Quixote, con todas aquellas circunstançias christianas que se requieren, llegando á las mandas, dixo: iten es mi voluntad, que de ciertos dineros, que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno, despues de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como estando yo loco, fuí parte para darle el gobierno de la Ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reyno, se le diera, porque la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato lo merece: y volviéndose á Sancho, le dixo: perdóname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caido, de que hubo, y hay caballeros andantes en el mundo. Ay! respondió Sancho llorando, no se muera Nueva Merced, señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura, que puede hacer un hombre en esta vida, es dexarse morir sin más, ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le

acaben , que las de la melancolía. Mire no sea perezoso , sino levántese desá cama , y vámonos al campo , vestidos de pastores , como tenemos concertado , quizá tras de alguna mata hallarémos á la señora Doña Dulcinea desencantada , que no haya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido , écheme á mi la culpa , diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante , le derribáron : quanto mas que Vuesa Merced habrá visto en sus libros de caballerías , ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros , y el que es vencido hoy , ser vencedor mañana. Así es , dixo Sanson , y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destes casos. Señores , dixo Don Quixote , vámonos poco á poco , pues ya en los nidos de antaño , no hay páxaros ogaño : yo fui loco , y ya soy cuerdo , fui Don Quixote de la Mancha , y soy agora , como he dicho , Alonso Quixano el Bueno : pueda con Vuestas Mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia , y prosiga adelante el señor escribano. Iten mando toda mi hacienda á puerta cerrada á Antonia Quixana mi sobrina , que está presente , habiendo sacado primero de lo mas bien parado della lo que fuere menes-

ter para cumplir las mandas que dexo hechas , y la primera satisfacion que se haga , quiero que sea pagar el salario que debo , del tiempo que mi Ama me ha servido , y mas veinte ducados para un vestido. Dexo por mis albaceas al señor Cura y al señor Bachiller Sanson Carrasco , que están presentes. Iten es mi voluntad , que si Antonia Quixana mi Sobrina quisiere casarse , se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion que no sabe que cosa sean libros de caballerías : y en caso que se averiguare que lo sabe , y con todo eso mi Sobrina quisiere casarse con él , y se casare , pierda todo lo que le he mandado , lo qual puedan mis albaceas distribuir en obras pias á su voluntad. Iten suplico á los dichos señores mis albaceas , que si la buena suerte les truxere á conocer al autor , que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el titulo de *Segunda parte de las hazañas de Don Quixote de la Mancha* , de mi parte le pidan , quan encarecidamente ser pueda , perdone la ocasion que sin yo pensarlo le di , de haber escrito tantos y tan grandes disparates , como en ella escribe , porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con

esto el testamento, y tomándole un desmayo se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron á su remedio, y en tres dias que vivió despues deste, donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comia la Sobrina, brindaba el Ama, y se regocijaba Sancho Panza, que esto del heredar algo, borra, ó templa en el heredero la memoria de la pena, que es razon que dexé el muerto. En fin llegó el último de Don Quixote, despues de recibidos todos los Sacramentos, y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dixo que nunca habia leido en ningun libro de caballerías, que algun caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente, y tan christiano como Don Quixote, el qual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu: quiero decir que se murió. Viendo lo qual el Cura, pidió al escribano le diese por testimonio, como Alonso Quixano el Bueno, llamado comunmente Don Quixote de la Mancha, habia pasado desta presente vida, y muerto naturalmente, y que el tal testimonio



London y Aut.º Comence le dessin.º Peint.º Montain-le-Grabi en Ms. Dal. 1782.

pedia , para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente , y hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo Lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente , por dexar que todas las Villas y Lugares de la Mancha contendiesen entre sí , por ahijársele y tenérsele por suyo , como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero. Déxanse de poner aquí los llantos de Sancho , Sobrina y Ama de Don Quixote , los nuevos epitaafios de su sepultura , aunque Sanson Carrasco le puso este :

*Yace aquí el hidalgo fuerte,
que á tanto extremo llegó
de valiente , que se advierte,
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.*
Tuvo á todo el mundo en poco,
fué el espantajo y el coco
del mundo en tal coyuntura,
que acreditó su ventura,
morir cuerdo , y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dixo á su pluma : aquí quedarás colgada desta espetera , y deste hilo de alambre , ni sé si bien cortadz , ó mal tajada , péñola mia,

adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que á ti lleguen, les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

*Tate, tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen Rey,
para mí estaba guardada.*

Para mí sola nació Don Quixote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir, solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de abestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio, á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que dexé reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quixote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos

que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en estos, como en los extraños reynos: y con esto cumplirás con tu christiana profesion, aconsejando bien á quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero Don Quixote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. Vale: